

## EL CENTENARIO DE FREUD

*La reciente fecha centenaria del nacimiento de Sigmund Freud, ha congregado en torno al recuerdo del hombre y de su obra a todo el vasto lectorado de discípulos y de sub-discípulos del «Mago de Viena», para rememorar las proezas psicológicas del maestro y, alrededor de ellas, pensar quizás en el necesario balance de cultura y de ciencia que, frente a la psicología, suscita su obra.*

*Visto, a la vez como fenómeno central de una revolución en Psicología, y como el desquiciamiento básico de una Filosofía sobre el Hombre, Freud aparece en un extraño claroscuro dentro de la cultura de Occidente. Por una parte, renovador intrépido; por otra, estancado al lado del tremendo pesimismo schopenhauriano; de un lado, perforador sagaz y astuto del mundo Inconsciente; por otra, atónito y perplejo ante el fatalismo del binomio Eros-Tanatos; en unos aspectos sistemático, claro y preciso; en otros, desorbitado ante el desorden de su propia ignorancia filosófica, Freud, aparece dentro del curso de la Historia moderna, embanderando un mundo de hechos y de signos que desconciertan, unas veces por su pesimismo, otras por su sórdida amargura, otras, en fin, por su redomada y profunda irreligiosidad. Al crear Freud una teoría de claroscuro, sobre el hombre, creó asimismo la fuerza que habría de sustentarla y el error ontológico que la corroe. Su fuerza, dimana del determinismo evolucionista en que se nutren sus más firmes postulados y que son mirajes atrayentes para los incautos e ignaros: su debilidad infalible, está y radica en lo hondo de esa imagen desarticulada que hizo sobre el hombre, y que carece de columna vertebral, de eje filosófico, de raigambre óptica.*

*La verdad, es que Freud nos legó una imagen clínica del Hombre. Pero el campo en que se ejercitó su gran sagacidad y perspicacia de clínico, rompía, por la fuerza de sus propósitos, los marcos de la pura clínica. Las leyes que estableció sobre los mecanismos de la vida inconsciente, rompían, por extraña paradoja los límites de sus primeros propósitos y se esparcían so-*

bre un mundo que no era ya solamente Inconsciente; sus esquemas sobre la estructura de la personalidad, se fijaban en instancias psicológicas que, en últimas, se manifestaban en el mundo de los Valores. Todo parece indicar que Freud se desconcertó con el alcance de sus teorías y con el vuelo de sus postulados, pero que, no pudiendo referirlos ni insertarlos en una Doctrina sobre el Hombre como ser trascendente, prefirió dejarlos inútiles e incompletos, esperando que el impulso de su profunda y desorbitada fuerza pudiera mantenerlos vivos.

El gran problema que se agita en el fondo de todo el edificio freudiano, es el problema de la libertad del hombre. Pero Freud siempre consideró que la libertad, la libre determinación de los actos, la volición y la nolición, pertenecían a una serie de mecanismos parásitos, profundamente psicológicos, esencialmente psicológicos, enhebrados en la dinámica de las represiones y de las sublimaciones. La voluntad, en el mundo freudiano, parece emerger, impulsada por vis a tergo, del sombrío escenario de los determinismos inconscientes. El cerco férreo e implacable del Eros y del Tanatos, la ahorca. Tanto BERDIAEFF, como MARITAIN, acentúan este hecho, que decapita el auténtico significado del acto libre y lo reduce a la categoría de un pesado fardel. Es cierto que el neurótico no es un ser libre; pero es falso que partiendo de esta certeza clínica, se pretenda sentar, como hecho paralelo, que la libertad sólo se concibe y se consigue al través de los episodios psicológicos de una teoría o de un tratamiento. La libertad que se agita en el fondo del freudismo, es una libertad encadenada, duramente, a un sistema de relaciones y de condiciones exclusivamente psíquicas y late en el fondo de ellas, no como esencia, ni como presencia puramente espiritual, sino como el sub-producto de pulsiones encontradas y antinómicas, que viven a favor de su fuerza expansiva y represiva, sin otra claridad que la que salta de los mutuos choques y de las mutuas melladuras.

Yo me he puesto a pensar qué hubiera sido del freudismo, si su creador, a la vez que gran clínico y psicólogo, hubiera sido un filósofo y un humanista. Seguramente hubiera resultado de ello, una poderosa ideología y quién sabe si todo un sistema de valores, una verdadera axiología de rumbos y de consecuencias imprevisibles. El conocido ensayo de P. MATUSSEK, sobre «Fundamentos doctrinales de la psicoterapia», y especialmente el de H. BENIT, sobre «Metafísica y Psicoanálisis», in-

dican cuán hondas deben ser, o deberían ser las implicaciones metafísicas del psicoanálisis. Quienes así no lo creen, ignoran el alcance de su propia doctrina. Pero Freud, se preciaba de no ser un filósofo. Y esta jactancia, increíble en un hombre de sus capacidades lo llevó fatalmente a la creación de su propio mito. Ya en 1911, hace exactamente cuarenta y cinco años, JOSE ORTEGA Y GASSET, en un ensayo titulado «Psicoanálisis ciencia problemática», advertía este carácter místico de la ciencia psicoanalítica. «Se trata, decía el gran escritor español, de un contenido mental indiferenciado que aspira a ejercer la función de concepto o explicación teórica de un problema, pero que no se ha libertado suficientemente del empirismo sensitivo ni de la tonalidad afectiva y sentimental de todo lo que en nosotros es espontáneo».

Vista a distancia, con la necesaria perspectiva que dan madurez a los hechos pretéritos, la gran figura de Freud, se destaca en toda su trágica y equívoca grandeza, como uno de los grandes mitos del siglo XX. Sugestivo y atrayente, como todo mito, su claroscuro psíquico, sus graves errores, sus aciertos, sus desmayos doctrinarios, sus profundas contradicciones, sus remiendos técnicos, hacen de la figura de Freud, quizás la más angustiada de nuestro tiempo. Los fatales errores que han dimanado de su obra, podrán ser recogidos y sedimentados por el remeneo de las generaciones actuales y futuras, y revaluados o superados. Pero siempre quedará, entre la luz y la sombra de los hechos de la Historia, la imagen de un hombre que vivió y murió con la más auténtica vocación para no comprender, como dice DALBIÉZ, lo auténticamente humano.

LUIS JAIME SANCHEZ,

Director del Instituto de Psicología.